



ELENA ROSA

Corazón de mi corazón

ESTELA ALARCÓN

Querida hija:
 Mientras me observas escribir con esos ojazos vivarachos y brillantes tu pregunta es siempre la misma: ¿Por qué no hablas acerca de mí en tus escritos mamá? La pregunta, tan espontánea e inocente como quien la formula, me obliga a reflexionar durante unos brevísimos instantes. ¡Qué podría decirte! Que me cuesta encontrar los vocablos que te definan porque tengo la completa seguridad de que ninguno te haría justicia...Que el amor que siento por ti nubla mi juicio de tal modo que las palabras quedan presas de esa enajenación y no llegan al papel...

Sin embargo, te miro y te prometo que algún día lo haré, sin establecer fecha. Y los días y los escritos se acumulan y no cumplo mi vaga promesa. Y sé que te debo esas letras, que las esperas como si de un nuevo juguete se tratase y siento el vértigo de no estar a la altura, el escalofrío de no ser capaz de de-

cirte tantas cosas...

Porque me siento minúscula ante el milagro de tu existencia, algo que jamás pensé que sucedería. Porque no concibo la vida sin el sonido de tu voz, sin el cascabel de tu sempiterna sonrisa. Porque no hay nada que no cure tu tierno abrazo, ése en el que me refugio cada día. Y te siento entre mis dedos como esa mariposa que imaginó mi idolatrado Federico:

“Mariposa del aire,
 qué hermosa eres,
 mariposa del aire
 dorada y verde.
 Luz del candil,
 mariposa del aire,
 ¡quédate ahí, ahí, ahí!
 No te quieres parar,
 pararte no quieres.”

Y el aire que roza tu cara me ofende y tus lágrimas corren por mis mejillas. Y sufro tu mal y tus tristezas. Y velo tu sueño sin importar el

mío, porque mi descanso viene cuando tu carita redonda ya se ha dormido. Y es en ese momento en el que siento la verdadera felicidad, aquella que no da el dinero ni las cosas materiales, esa felicidad que se siente en el alma y que quisiera hacer cautiva para siempre. Y es en ese mismo instante cuando recuerdo aquel fragmento de la “Nana de la cebolla” de Miguel Hernández que mi abuela me recitaba sin conocer al incommensurable poeta:

Alondra de mi casa,
 ríete mucho.
 Es tu risa en los ojos
 la luz del mundo.
 Ríete tanto
 que en el alma, al oírte,
 bata el espacio.

Tú, pequeña alondra de mi casa ríete mucho, porque tu risa, al igual que al poeta, me hace libre, nada temo al oírta, nada soy sin escucharla.

Para Ione, corazón de mi corazón.